

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## El derecho de propiedad

¡Si se pudiera contar día por día, hora por hora, el sudor y las lágrimas que costaron aquellos bienes!

Era el fruto del trabajo, de la privación, de la hombría de bien, del santo temor de Dios que llenaba el alma de los esposos.

El, un modestísimo obrero; ella una mujer hacendosa, de esas mujeres hormigas de su casa en cuyas manos se florece todo.

¡La cantera!... Para otros había sido la muerte; él encontró en ella la vida. Primero comenzó por arrancar piedra, ganando un jornal irrisorio; más tarde con sus ahorros, adquirió una parte; luego, dos; después, tres; de sencillo y humilde picapedrero pasó a capataz, y, por fin, al cabo de los años, llegó a ser amo de la mola de piedra.

¿Su capital? Estaba valorado en más de cien mil duros.

La propiedad de este matrimonio era su propia vida... En él, catorce horas de trabajo durísimo, dejando en la piedra el sudor y la sangre; en ella, mil quebraderos de cabeza diarios para atender a las necesidades de la vida, y sacar la casa adelante, y poder guardar para el día de mañana... En los dos, muchos años de pobreza, llevada con santa resignación; muchos años de sacrificios y penalidades, pasados con la esperanza de tener una vejez tranquila.

Todo este trabajo de largos años: el sudor, la sangre, la carne de los esposos habían producido oro, fincas, riquezas en abundancia.

Todo esto era suyo, como era suyo su propio ser.

La propiedad es un robo—dijo un loco en el frenesí de su locura.

Y la frase halló eco en los vagos, en los holgazanes, en los zánganos de colmena que querían comer sin trabajar.

Y se lanzaron como tigres, sobre la propiedad ajena.

—¡Que es el fruto de nuestro trabajo!—gritaron los padres.

¡Que es el fruto de la sangre y de la carne de nuestros mayores transmitido a nosotros!—prorrumpieron los hijos.

—Nada nos importa—vociferaron los vagos.

Y el derecho de propiedad cayó por tierra.

Y con él se vinieron abajo los cimientos de la sociedad.

HUGO MORENO

## Aniversario

A MI QUERIDA MADRE

Los árboles cuajáronse de flores cubriéronse de verde las praderas y al regreso de la bella primavera recrudescense en mi alma los dolores.

Que un año ya hace amor de mis amores madre, de mi alma, mi dicha cetera, un año que te huistes a sitios mejores un año que tu hija llora y te espera.

Mas no es hoy día para mí de duelo que si ésta fecha es triste y dolorosa, también es día de gran consuelo; un año menos mi madre amorosa, un año menos para que en el día, se estrechen nuestras almas venturosas.

JOSEFINA BOLINAGA UGARTE.

## Estudios Sociales

Del *yanquismo* a la *frivolidad*, hay un buen salto ¿verdad lectores?

Pues es el mismo que dan las gentes que viven *melidas* en moda y recogiditas... en la calle.

Triste condición no encontrarlas en el justo medio.

Y sin embargo, yo reconozco que abunda la *mujer fuerte*.

¡Ay de quien no la vea en su madre!

¡Ay del esposo que no lo vea en su esposa!

Pero, aparte suspirillos líricos de corte y sabor romántico, hay que convenir en que el *yanquismo* es una especie de *payuela* en la *gomme feméine*, la *frivolidad* es un *sarampión* en todos los españoles.

La *frivolidad*—dice don Severo Catalina—es la desatención de las cosas grandes y la curiosidad de las pequeñas.

Ella, como el aire, es hoy nuestro ambiente. Todo lo ocupa y nada llena. En ella nos movemos, vivimos y somos.

En tierra frívola, no arraigan robustos ideales. Así, España solo

aspira a que la dejen vivir... pero con su *pan* y *toros*.

Estáticos los españoles para el trabajo social exigimos rebaja de trenes para correr tras las golosinas del sentido... batallas de flores, corridas y cosos azules y blancos.

Por frívolos, el político de altura solo aspira a *ministro*; el *ricachón de pueblo* a *cacique*; y a *concejal*.

La *frivolidad* en política se llama *toncadi ta*. Hecha carne se llama Romanones... Sanchez Tocá, etc. ¡Y a la nación que la paría un rayo!

La *frivolidad española* se llama: modernismo en literatura; en ciencia, fórmula; en comercio, agiotaje; y en industria, *similar*.

La *frivolidad española* reemplazó: a don Quijote con los *Gallos*; a Calderón y Lope de Vega con el *Cine*; a Fernandez Caballero, con el *pino de manubrio*; a Goya con el *futurismo*; y al *minué* con el *gorrotín*.

La *frivolidad española* es una *piojera nacional*, que solo produce: políticos, oradores, toreros, empleados, bailarinas y *coupletistas*.

La *frivolidad española*...

Pero ¡oh cerros de Ubeda! Tregua ¡oh musa!

España al paño:

¡Que importa!

Digamos con el poeta:

*Paraitre* ¡Voilà la devise, paraitre on ne pas être.

PEPE

## Los burgueses

Cuando, Adrián del Valle, yendo camino de la oficina, pasó por delante de la taberna de Juan el Bautista, encontró atravesado en la acera a un hombre con vestido de obrero, que, a juzgar por las apariencias, dormía allí la *mona* más grande que vieron los siglos pasados y presentes y esperaban ver los venideros.

Inconscientemente tropezó el buen Adrián con el *cardela*, y éste, abriendo penosamente los ojos y fijando una mirada oblicua en el señorito, exclamó:

—¡Mueran los burgueses!

Y cerrando los párpados y dando una especie de ronquido o

grunido, añadió, como si hablase con alguien:

—Pues es claro, hombre; los burgueses son unos holgazanes y chupan la sangre del pobre... y mientras está uno aquí jorobándose a trabajar, ese burgués de la levita se está paseando... y robándose lo que es mío; sí, señor, mío propio, porque lo gana... mayormente.

Dichas estas palabras, el amigo volvió a roncar con el mayor gusto.

En esto pasaron por allí varios obreros albañiles que, por ser la hora, se dirigían al tajo a trabajar. Cuando vieron al otro tumbado guapamente al sol, le dijeron:

—¡Oye tú, *Chinches*, que ya es hora! Vamos a la obra.

—¿A la obra?—contestó el *Chinches* rumiando las palabras.

—Que vayan los burgueses! Yo no voy porque no quiero que me explote la burguesía. ¡Mueran los burgueses!

—Chico—dijo uno de los obreros, —¡buena flor de malos has cogido!... A ese paso no sé que vas a comer, porque no trabajar y pasarse la vida en la taberna...

—Y a usted, ¿qué le importa?—dijo el tabernero *Bautista* saliendo a la puerta del establecimiento. —Este hombre puede hacer lo que le convenga en uso de sus derechos individuales, porque están *dicho* como otro *cuatiguiera*, aunque sea el mismo car de Rusia.

—Vamos, hombre so... siéguese usted, que no le quitamos la patroquia. ¡Ay, qué panoli de tabernero! ¡Taday, pimpi!

Ya en esto había llegado Adrián del Valle a su oficina, que era una inmundicia estancia de un ministerio, donde por escribir cinco horas diarias ganaba nuestro hombre diecisiete duros mensuales, es decir, unos diez reales diarios. Y Dios le librara al pobre Valle de faltar un día siquiera al trabajo, porque allí se llevaba libro de entrada, y el que no firmaba a la hora debida, (sobre todo si era empleado de corto sueldo) corría grave peligro de que le dejaran cesante. Como Adrián tenía mujer y cuatro hijos que sostener, veíase en la precisión de trabajar otras cuatro horas en el bufete de un abogado, ganando por ello